

El Dr. Pedro Juan Valera: una realización de la Sociedad Amigos de los Ciegos

Elite, 1.440. zk., 1953-05-09.

Cuando a Pedro Juan le empezaron a llorar "mucho" los ojos tenía cuatro años. El no lo recuerda, pero se lo dijeron cuando tenía siete, cuando casi no veía. ¿Sabes lo que recuerda de esta edad? No le trae a la memoria ningún juguete, ni San Nicolás, ni una piñata, ni un paseo. Sólo recuerda de sus seis años un escozor áspero en los ojos. Muy poco más. También recuerda "fuera" de la suya, a la familia León, que era vecina: recuerda que Cuicas es un pueblo pequeño y que se escapó "una tarde muy soleada" para que le curaran en Caracas.

– Pedrito era un niño rebelde –me decía el Profesor Florentín, este gran pionero de la campaña por la rehabilitación de los ciegos, que fué Director del Instituto Venezolano de Ciegos desde su fundación hasta Setiembre último– un "enfant terrible" como Churchill...

Toda la obra de Pedro Juan ha sido un gesto de rebeldía, de desafío a la enfermedad, de lucha contra el obstáculo. Y ha vencido. Ahora que tiene 25 años, la luz entra despacito, poco a poco en los ojos del Dr. Pedro Juan Valera, graduado de la Universidad de New York. Son los mismos que recuerdan una tarde de sol en Cuicas; apenas ven. Pero hay una luz interior que se manifiesta franca en los rasgos nobles y bondadosos del que ha descubierto el camino de su vocación y ha vencido en su empeño.

* * *

Pedro Juan Valera nació en Cuicas, Estado Trujillo, el 29 de marzo de 1929. Nadie sabe cómo sobrevino aquella infección en los ojos que le dejó casi ciego. Alguien le dijo al niño que esa enfermedad se curaba en Caracas. Para Pedro Juan, la capital era una meta imposible para sus siete años. Pero le dolían los ojos, apenas veía, y pedía inocentemente a todos que le llevaran a Caracas. La humilde familia de Pedro Juan le regañaba, temerosa de verle partir, aferrada a su fatalismo. El Dr. Nogueras se compadeció del enfermito y lo trajo para internarlo en el Hospital de Niños.

– Ahora quisiera verlo –me decía el Dr. Valera– para darle las gracias. no sé dónde estará, no he vuelto a saber de él.

Cuando su mamá vino a verle en Caracas, habían transcurrido ya tres años. Pedro Juan había sido operado y le pusieron un telegrama. Le atendían en el Instituto Venezolano de Ciegos recién fundado. La ciencia resultó inútil para devolver la vista a aquellos ojos; pero no le dolían.

* * *

La historia de Pedro Juan es un poco la del Profesor Florentín. Ambos coincidieron en sus caminos, se separaron y se han vuelto a unir. Durante la estancia del Dr. Valera en los EE.UU. Florentín le hizo repetidas visitas, le alentó con consejos y entusiasmos de luchador. Pero la afinidad entre estos dos hombres es más profunda. Ambos coinciden en ese gesto de rebeldía y de lucha que lleva al hombre a vencer las dificultades.

Cuando el Profesor Florentín expuso en Venezuela el proyecto de fundar la Sociedad de los Amigos de los Ciegos, no contaba con más recursos que su voluntad inquebrantable de rendir un servicio de humanidad a su pedazo más triste y olvidado: al condenado a una ceguera para siempre. Las causas buenas encuentran caminos de realización, aunque sean pobres. El camino providencial de la humanitaria obra del Instituto Venezolano de Ciegos pasó a través del corazón generoso de Don Juan de Guruceaga. El lo trazó a través de "Elite" y ofreció el primer dinero para comenzar a andar por él hacia esta magnífica realización de nuestros días.

- Cuando llegué a "Ahora" -me dice el Profesor Florentín- iba cargado con el lastre de otras gestiones fracasadas. Como no conocía a nadie en la Redacción pregunté por el Director al primero que encontré, un señor en mangas de camisa. "Dígame a mí lo que desea -me contestó- yo puedo atenderle". Empecé a explicarle mis proyectos con cierta desconfianza. El hombre se interesó tanto que me pidió regresara con los materiales para ciegos de que le estaba hablando. Cuando volví al día siguiente el mismo señor me presentó a uno de los redactores, el Dr. Luis Alvarez Marcano. Le pregunté por el señor en mangas de camisa: "Ese -me contestó- es Don Juan de Guruceaga. Al día siguiente recibí por correo un cheque por 1.000 francos. En esa época los francos eran de verdad. Fui a ver a Don Juan. "No tenga cuidado -me dijo- mande traer de Francia los materiales que necesite para la escuela de Ciegos. Alguien me devolverá ese dinero después".

Claro que han devuelto a Don Juan de Guruceaga ese dinero y otros muchos que ha puesto en la obra después. Pero han llegado en obras realizadas, el mejor premio a inversiones desinteresadas. Con esta ayuda y otras ha triunfado Florentín; pero nada hubiera hecho si, además, no hubiera tenido el aliento rebelde que hace a los triunfadores.

En los tiempos en que el Dr. Pedro Juan Valera no era más que Pedrito, era un niño rebelde. Protestaba por el trato, la comida, gritaba al vigilante. Tanto que le tenían todos por un muchacho incorregible. Los directivos y el personal del Instituto pusieron el grito en el cielo cuando el Profesor Florentín le propuso para ocupar la beca ofrecida por el Presidente de la República, el General Isaías Medina Angarita. El primero en negarse a efectuar el viaje a los EE.UU. fué Pedrito. El quería ir a Paris o Londres, pero a New York no. Otra protesta. El Profesor Florentín comprendió intuitivamente a Pedrito. Observó que era el niño más capaz del Instituto, de una agilidad mental sorprendente, y se impuso a todos los criterios.

-Después -dice el Dr. Valera- me propuse trabajar y graduarme. Por una parte por responder a la confianza que depositaron en mí el Profesor Florentín y la Directiva de la Sociedad Amigos de los Ciegos. Por otra, porque consideraba un deber cumplir con lo ofrecido al General Medina. Hoy quisiera rendirle personalmente las gracias. A su comprensión y generosidad, a sus consideraciones con nosotros, los ciegos, debo mi

carrera y la oportunidad de ayudar ahora a los demás privados de la vista atendidos en el Instituto, mi casa de siempre.

* * *

Cuando Pedrito llegó a New York el 17 de marzo de 1944, estaba nevando. Sin ropas adecuadas para neutralizar un cambio tan brusco de temperatura, estaba aterido de frío. Recordó Cuicas, aquella tarde "muy soleada" que ya nunca abandonará su recuerdo, y le dió fuerzas a su espíritu, un poco atemorizado; sentía la misma incertidumbre que deben experimentar los pajaritos cuando les cambian de nido.

Ingresó en el New York Institute for the Educational of the Blinds, el centro de educación para ciegos. La pensión oficial consistía en 200 dólares. Cubría los gastos de enseñanza, manutención y aún quedaban algunos pocos dólares para gastos personales.

Esta benemérita institución está situada en Bronx. Es la más antigua de los EE.UU.

– Primero me encontraba perdido –dice con una sonrisa el Dr. Valera. Después me acomodé tan bien a los métodos de trabajo, que los cinco años que transcurrieron allí me parecen ahora los más amables y afortunados de mi vida. Aquello era un paraíso.

Los primeros inconvenientes de Pedro Juan fueron con el inglés. Recuerda con simpatía situaciones que en aquella época le lastimaban mucho. Lo primero que aprendió a decir fue: "I'm sorry. That's all right", la fórmula de cortesía cuando tropezaba con alguien. La primera es de excusa, usada en el norte aunque uno haya sido el atropellado, y la segunda el complemento de que "está bien, no ha ocurrido nada". Un día tropezó y pisó a una señorita. Entonces se apresuró tanto a excusarse que se le pasó la primera parte y dijo "That's all right". La señorita se indignó. Pero solo por un momento. Se dió cuenta del impedimento de Pedro y de su buena voluntad al tratar de excusarse en inglés. Fué ella la que le pidió perdón después.

Los dos primeros años de Pedro Juan en el Instituto estuvieron dedicados a observaciones escolares, con partes de instrucción dedicadas a labores manuales como carpintería, afinar pianos y otras tareas de su gusto. Corresponden a un plan de desarrollar en los ciegos la destreza necesaria para valerse por sí mismos.

Al final de estos dos años le anunciaron que la beca había sido suspendida. La casa se le cayó encima. Ahora por el dolor de abandonar todo lo que constituía el objeto de su vida. El Director le llamó a su despacho:

– Pedro, ha sido informado que los beneficios de la beca han terminado. Nosotros queremos tenerlo en casa. Sería una lástima que se interrumpiera esta magnífica obra que hemos emprendido juntos. Nosotros estamos dispuestos a hacer un sacrificio, dejar a un lado algunas formalidades y ofrecerle gratuitamente todos los servicios de que está disfrutando ahora. Lo que no podemos hacer es darle el dinero que necesita para sus gastos personales. Puede ayudarse para esto haciendo algunas labores que le pueden rendir algún dinero. ¿Acepta?

El Dr. Valera nunca olvidará este gesto. Ahora lo recuerda con emoción de niño, la misma que experimentó entonces.

Los tres años siguientes continuó con los estudios, terminó su bachillerato. Afinaba pianos, vendía periódicos en el Stand, hasta hizo de cocinero. Los estudios le dejaban horas libres que él aprovechaba para ayudarse, como había prometido al Director.

Cuando ingresó en la Universidad de New York, el 19 de setiembre de 1949, se dió cuenta que no le quedarían horas libres para dedicarse a ganar algún dinero para sus gastos. Los estudios de la Universidad eran tan intensos que faltaban horas para completarlo.

Entonces se obtuvo del MEN una pensión de 100 dólares mensuales. Los gastos de estudios y manutención fueron sufragados por el Estado de Nueva York. Y he aquí otra magnífica muestra de solidaridad americana. Normalmente, de las becas del Estado de N.Y. sólo pueden disfrutar los ciudadanos del Estado. En vista de las relevantes aptitudes del venezolano, su amor a los estudios, su simpatía y disciplina, las gestiones realizadas por el Director del Instituto de Ciegos neoyorquino, el Dr. Merle E. Franton, tuvieron un trato de favor excepcional.

La Universidad de New York está en la Plaza de Washington, en el corazón del Village, el barrio más pintoresco e interesante de New York. Allí acudía todos los días Pedro Juan cargado de libros. Tenía departamento alquilado en la calle 72 a pesar de su impedimento, utilizaba el metro con una seguridad sorprendente.

El problema más grave para Pedro Juan consistía en conseguir lectores gratuitos. El no puede leer, claro está. Tampoco acostumbraba tomar notas en clase: "Las notas no sirven -dice-. Después no hay tiempo de leerlas todas para preparar los exámenes". Acostumbraba concentrarse durante las clases y memorizar los datos. Los lectores profesionales en New York cobran 1,50 dólares la hora. Tampoco esto podía hacer el venezolano. Pero no le faltaron lectoras voluntarias durante los cuatro años que asistió a la Universidad. Los profesores, sus hijas, las estudiantes de su clase, todos colaboraban en un magnífico gesto de compañerismo para facilitar a Pedro Juan la terminación de sus estudios.

- Me gusta más la voz de mujer. Por eso la prefería. Casi todas las lectoras eran muchachas que estudiaban conmigo. Algunas venían desde la otra punta de la ciudad por leerme dos o tres horas. Yo no podré olvidar nunca estas muestras de simpatía y calor que recibí en Estados Unidos.

Lo que más costaba retener a Pedro Juan eran las fórmulas de química. La asociación de ideas ayuda a retener los nombres y los hechos. Pero un símbolo formado por letras y números completamente insípidos escapa siempre a la retentiva que no esté ejercitada. El, que apenas ve, concede una gran importancia al sonido. Por eso que necesitaba lectoras de voz más "limpia" para contrarrestar el cansancio de las horas de clases de los profesores, que tienen voz más "áspera".

Después de graduado, el Dr. Valera quiere trabajar. Responder en la misma medida por cuantos han hecho por él. Sus conocimientos en Pedagogía, Rehabilitación vocacional, Sociología, Psicología, Artes Industriales, le permitirán rendir una labor utilísima en el Instituto, de donde salió hace nueve años.

* * *

Y aquella semilla depositada hace 17 años con la fundación del Instituto Venezolano de Ciegos ha dado el ciento por uno de la parábola. Ahora está en camino de ser dirigido por esos mismos niños que fueron asistidos un día en un gesto de justicia generosa.

El Dr. Pedro Juan Valera tiene un recuerdo emocionado para los directores del Instituto, para el General Medina, el MEN, los doctores Spandling, Rice y Long, de la Universidad, para el director y profesores del Instituto neoyorquino, para el Estado de New York. Aún seguiría citando muchos nombres pero la lista sería demasiado larga. Ahora se propone corresponder a estas atenciones. No favoreciendo a aquellos que le ayudaron, porque acaso no tendrá ocasión de hacerlo nunca, sino ayudando a otros que, como él, dejen su pueblecito con un dolor áspero en los ojos una tarde muy soleada.